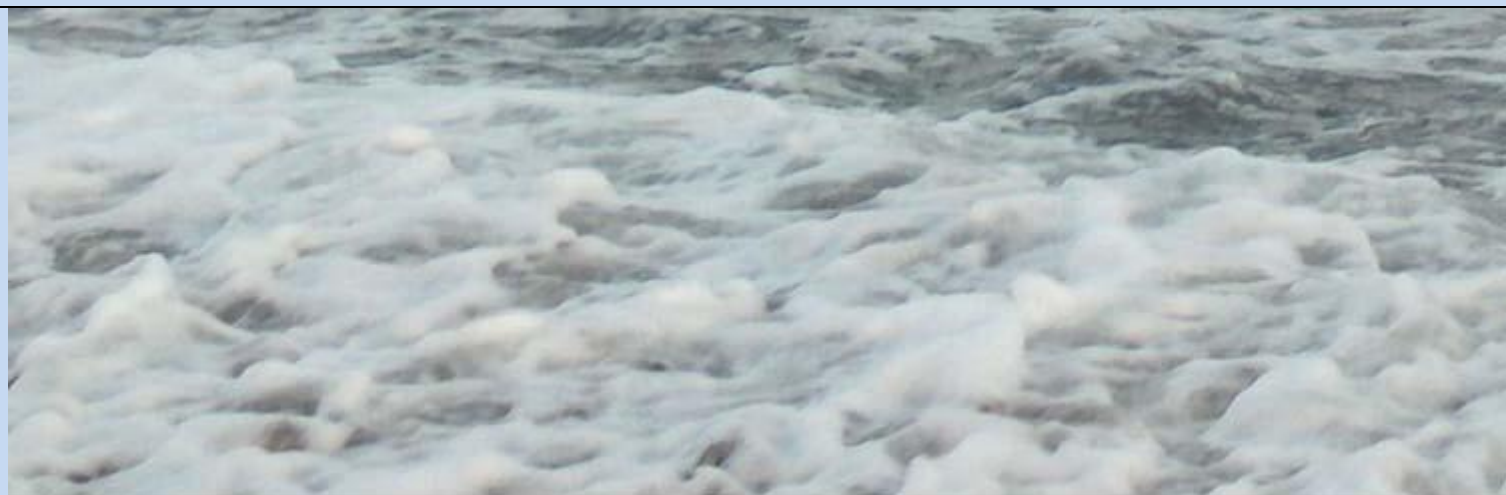


Escribir sin papel

Relatos fantásticos



LA VUELTA

Fernando Ruiz de Osma Delatas

Puedes encontrar este texto y todos los publicados por el autor en www.escribirsinpapel.es
Textos de libre difusión citando origen y autoría.



LA VUELTA

Ana, una mujer de más de treinta años abandonó su casa un día sin dar ninguna explicación ni decir a dónde iría ni durante cuánto tiempo. Vivía con su marido y dos hijos pequeños. Al verse solo, el marido atravesó unos meses de gran tristeza, pero después, al comprender que su mujer ya nunca volvería a casa, consideró que su vida no podía terminar por el abandono de su mujer y decidió olvidarla.

Después de algunos años, se enamoró de otra mujer. Pudo resolver los problemas legales para anular su primer matrimonio y se casó con ella. Comenzaron una nueva vida, con la aceptación de sus familias y de los niños, que pronto llamaron madre a la nueva esposa de su padre.

Quince años más tarde, Ana, la primera mujer, volvió, también esta vez sin anunciarlo ni comunicar nada a nadie. Por su actitud, dejó ver su esperanza de que todos la recibieran como si nada hubiera pasado. Por eso se sorprendió de que su marido se hubiera unido a otra mujer, sus hijos no la conocieran ya y el resto de su familia la mirara con recelo.

Ana se instaló en una vivienda cercana a donde vivía su marido con su nueva esposa. Pasaron varias semanas sin que hubiera relación entre ella y los demás. Pero pronto quiso conocer a la nueva esposa y aprovechó una excusa inventada para presentarse a ella. Sin ocultar quién era, habló con ella varias veces, primero en la calle, después en alguna cafetería, finalmente invitándola a su casa. De esta manera consiguió la amistad de esta segunda esposa de su marido. Seguramente, la amistad fue sincera por las dos partes en esos primeros meses, y nadie podría decir que la fugitiva tuviera algún interés malévolo.

La nueva esposa había conocido la historia de la mujer fugitiva desde el primer momento, pero siempre había sentido por esa historia una enorme curiosidad, porque nunca se hablaba de ello y porque nadie podía explicarse el proceder de aquella mujer. Ahora que ella hablaba con esa mujer sin impedimentos, la curiosidad la empujó a preguntar en una ocasión por las razones de su huida. Ana no dio ninguna razón, esquivó la cuestión y quiso hablar de otra cosa. Pero la nueva esposa volvió a preguntarle si no había añorado nunca estar con sus hijos durante todos aquellos años. Esta idea nunca había llegado a la cabeza de Ana. Pero con tan solo oírla, esa idea actuó dentro de ella con una fuerza inesperada.

A partir de entonces, Ana quiso recuperar el cariño de sus hijos. Esto resultó ser imposible, pues los hijos, ya bastante mayores, no tenían ningún interés en ella. Y la mujer creyó que los jóvenes no la querían por influencia de su padre y de su nueva madre, sin pensar que su conducta pasada pudiera tener alguna responsabilidad en ese desapego. En ella fue creciendo el rencor, un rencor absurdo pues solo ella era causante de esa situación. Pero sin que ella misma lo notara, el rencor se hizo tan grande que cubrió todo su pensamiento y nubló cualquier otra cosa.

Llevó a cabo su plan alimentada por el resentimiento y por su sangre fría. Durante meses, fue haciendo creer a su amiga, la nueva esposa de su marido, que éste era un mal hombre. Usó engaños y estrategias de todas clases, unas deformaban la realidad, otras simplemente la inventaban. Al cabo de un año, la joven esposa aborrecía tanto al marido que llegó a tomarle un odio ciego.

Ana persuadió a la joven de que entre las dos debían librarse de él. Pero en su plan era la chica la que lo haría, envenenando al hombre con dosis pequeñas de un producto mortal. El marido murió en tres semanas.

Entonces Ana acudió a la policía acusando a la joven viuda de matar a su marido. Usó ahora sus habilidades con la mentira para hacer creer a todos que ella sospechó algo muy al final, cuando ya nada se podía salvar. Con su denuncia, se practicaron los análisis médicos pertinentes, y de ellos se dedujo que el hombre había sido asesinado. La joven viuda, sin poder defenderse de ninguna manera, reconoció su crimen y acusó a Ana de inducirla a cometerlo.

Ana juró y juró que eso era falso y que nada tenía que ver con el crimen. Y como prueba aducía que había sido ella la que hizo investigar el crimen y ¿cómo iba a querer que se investigara si ella misma hubiera estado implicada? Con estas y otras mentiras convenció a todos.

Del juicio, ella salió absuelta como inocente. La viuda debió pasar el resto de su vida en la cárcel. Ana se marchó de aquella ciudad y nunca volvió. Los hijos no asistieron siquiera a las sesiones del juicio.